

RESISTENCIA Y ALTERNATIVA

Antonio García-Santesmases

JUAN RAMÓN CAPELLA:
Entrada en la barbarie,
Trotta, Madrid, 2007

JUAN RAMÓN CAPELLA
y MIGUEL ÁNGEL LORENTE:
El crac del año ocho,
Trotta, Madrid, 2009

Juan Ramón Capella ha desarrollado una dilatada vida intelectual en el ámbito de la filosofía jurídica y política. En otras ocasiones me he referido a su obra en esta revista al comentar sus libros *Grandes esperanzas* (n.º 9 de la RIFP) y *La práctica de Manuel Sacristán* (n.º 29 de la RIFP). En esta ocasión quisiera comentar dos libros recientes, *Entrada en la barbarie* y *El crac del año ocho* (en colaboración con M.A. Lorente), que aparecen conjuntamente con la nueva edición de su libro *Fruta prohibida*. Las dos obras que voy a comentar tienen la virtud de combinar la preocupación por temas de rabiosa actualidad con la necesidad de mantener una perspectiva histórica acerca de lo que está ocurriendo.

Estamos inundados de noticias acerca del crac financiero, de la crisis del modelo productivo, de una burbuja inmobiliaria que ha saltado por los aires, de una crisis económica a la que no se le ve salida; vivimos un mundo en el que constatamos la recesión,

el paro y el aumento de las desigualdades, un mundo en el que la incertidumbre, y el miedo se apodera de nosotros. A todos nos gustaría tener respuestas inmediatas pero quizás, para adentrarnos en estos temas, sin sucumbir a la tiranía del instante, es conveniente tomar un poco de distancia, adquirir una mínima perspectiva. Para ello es imprescindible ahondar en la evolución del Estado y del derecho en las últimas décadas hasta llegar a la situación actual.

En el libro publicado conjuntamente con M.A. Lorente Capella desentraña los fenómenos que han ocurrido desde septiembre de 2008 y propone una serie de medidas para salir de esta situación: medidas que afectan tanto a lo que denomina keynesianismo local, como a lo que llama keynesianismo global. Al final de este comentario me referiré a alguna de esas medidas; antes conviene profundizar en la génesis de todo lo ocurrido, en los modelos que hemos ido viviendo y sufriendo hasta llegar a la situación actual, hasta arribar a este tiempo en el que Capella desea construir una resistencia a la barbarie y a ser posible propiciar una alternativa civilizadora.

Este tiempo de resistencia y de alternativa viene después de una larga historia que Capella caracteriza en cuatro grandes momentos, en cuatro grandes secuencias temporales. Un tiempo «Antes de la revolu-

ción»; un tiempo «Contrarrevolucionario»; un tiempo de «Barbarie» y un tiempo de «Resistencia». Es en este tiempo en el que estábamos cuando estalló el crac de septiembre de 2008.

El tiempo «Antes de la revolución» es un tiempo marcado por la espera del gran acontecimiento, por la espera del momento decisivo en que la clase obrera pueda tomar el poder y transformar el modelo económico-productivo. Un tiempo de espera en el que la clase trabajadora se hace cargo de su situación, comienza a organizarse y articula un discurso emancipatorio, un discurso que le permite apostar por la toma del poder y por la transformación de raíz de la sociedad capitalista. Es el tiempo anterior a 1945. Hasta ese momento la socialdemocracia kautskiana y el movimiento comunista siguen pensando el socialismo como un proceso de ruptura con el capitalismo. Bien es cierto que —como señala Capella— no todos los momentos son iguales. No es lo mismo el momento en que estalla el eslabón más débil de la cadena imperialista y se piensa en una revolución internacional, que los momentos en que se produce la derrota de la revolución en Alemania. Posteriormente viviremos la división radical del movimiento obrero en la república de Weimar, la consolidación del estalinismo, la creación de los frentes populares y la guerra civil española.

Para caracterizar el segundo modelo, el que acontece a partir de 1945, es muy interesante contrastar los capítulos del libro que van al final con los que aparecen al principio. Dice bien el editor de *Entrada en la barbarie* que estamos ante un libro de fogonazos que de pronto nos iluminan y nos desconciertan; es por ello de gran interés comparar las peripecias biográficas de Gramsci, de S. Weil y de W. Benjamin con la imagen de Pasolini que pertenece al segundo modelo. El Gramsci que muere en la cárcel fascista, el Benjamin que se suicida

perseguido por la Gestapo, la S. Weil que fallece tras implicarse en la guerra civil española son figuras trágicas que simbolizan los terribles años treinta. Una época en la que, a pesar de todo, para muchos trabajadores existía un modelo alternativo al capitalismo en la Rusia de Stalin, un modelo en el que muchos confiaban, aunque otros muchos ya percibían la traición de los sueños revolucionarios.

Esas figuras trágicas pueden simbolizar muy bien a las víctimas de aquellos años treinta del pasado siglo en los que el fascismo y el nazismo arrumbaron con las esperanzas de socialistas, de republicanos, de comunistas, y de anarquistas que perdieron sus vidas en Alemania y en Austria, en Italia y en Francia, y sufrieron una terrible derrota en la guerra civil española.

El tiempo que comienza tras 1945 es un tiempo muy distinto; es un tiempo de acuerdos, de pactos entre las fuerzas empresariales, los gobiernos y los sindicatos para crear el denominado Estado del Bienestar. Es un tiempo en el que autores como E. Hobsbawm ven reflejados los mejores años del siglo XX, los años de la época dorada en los que el crecimiento económico y el pleno empleo, el poder económico privado y la fuerza sindical van creando una sociedad en la que impera la redistribución de la riqueza, la movilidad social, las oportunidades de vida y la regulación del mercado laboral. Son años en los que Hayek sobrevive como un pensador marginal y en los que impera el keynesianismo.

Son años también —y es bueno que ahora se recuerde, y por ello es muy necesaria la lectura del libro de Capella— en los que se va produciendo «una mutación antropológica» fruto de la inserción de los trabajadores en la sociedad de consumo. Creo que son muy lúcidas las apreciaciones de Capella sobre la transformación de la condición obrera, tanto en lo que se refiere a las reflexiones sobre el fordismo en Gramsci,

como a la experiencia de S. Veil acerca de la vida en las fábricas.

Estamos en un tiempo en el que se esfuman las esperanzas revolucionarias, pero donde se logra pasar del Estado liberal al Estado social y alcanzar garantías laborales y derechos sociales que hoy añoramos. Una añoranza que no debe hacernos olvidar que eran conquistas que sólo se daban en el centro del sistema, no abarcaban al conjunto del planeta. Se paliaba la explotación en el centro pero seguía perviviendo en la periferia del sistema económico mundial. Una explotación suavizada en el centro que no debe hacernos olvidar la alienación en el mundo laboral y el ocio enajenante que tan acertadamente supo analizar Pasolini. Como señala Capella: «Pasolini hace ciencia social cualitativa, inventando metáforas. Otros se contentan con reseñar datos estadísticos, a menudo como si estos datos fueran cosas y no expresión de operaciones humanas que es preciso considerar en su concreción, analizar críticamente y enjuiciar moralmente. La aproximación de Pasolini a la comprensión del mundo se basa en la sensibilidad. La “mutación antropológica” es una de sus metáforas más potentes. Expresa que la producción masiva de su tiempo y la creación de demanda para esa producción por medios industriales —los de la industria publicitaria— han modificado en profundidad a los italianos —y, por extensión a las gentes de las sociedades opulentas— y han originado un “fin del mundo”, una cesura histórica» (p. 105).

Ese mundo del Estado keynesiano del bienestar es el que es puesto en cuestión tanto por la crisis del petróleo en 1973 como por el impacto de la revolución científico-técnica. Una era que no podemos entender sin tener en cuenta los consejos de la Trilateral en 1975 que ya insistían en la necesidad de ir conteniendo las demandas sociales para evitar una situación de ingobernabilidad. Son momentos en los que el tránsito

en España de la dictadura a la democracia hizo que muchos de estos problemas no fueran analizados con la debida profundidad en nuestro país. La perspectiva claramente internacionalista de Capella le hizo centrarse en la evolución del Estado y el derecho en el mundo del capitalismo avanzado y le ha permitido tener la perspectiva suficiente para analizar lo ocurrido en estos últimos treinta años.

Es de enorme interés, en este sentido, complementar la lectura de los dos últimos capítulos de *Entrada en la barbarie* con el libro reciente acerca del *Crac del año ocho*. En *Entrada en la barbarie* Capella escribe cuando todavía no se ha producido la crisis de septiembre del año 2008. Estamos ante un Capella centrado en preservar una identidad alternativa frente a la política institucional. Un Capella que insiste en la necesidad de resistir a la caverna mediática, a la política espectáculo, al juego de los grandes partidos de derecha e izquierda que vienen a asumir una misma posición sobre los grandes temas. Es el Capella que recuerda a los militantes de los movimientos alternativos que es imprescindible seguir el criterio de Benjamin, centrarse en un único asunto y no distraerse con el ajetreo de la política de palacio. Un Capella que se dirige e los foros sociales, a las alas críticas de los sindicatos y al movimiento ecologista, para animarles a resistir a la barbarización de las relaciones sociales, a la tergiversación del derecho internacional, al modelo económico de despilfarro y dilapidación del entorno ecológico que caracteriza al capitalismo actual.

Al llegar la crisis ese mismo Capella, sin abandonar la perspectiva alternativa, trata de sugerir reformas en el aquí y ahora que permitan preservar los derechos sociales en el campo educativo y en el sanitario; hacer que los sindicatos se tomen en serio los problemas de formación de los trabajadores; insistir en que es imprescindible una nueva cultura política que se haga cargo de una

ciudadanía intercultural; apostar por una política que ponga coto a los paraísos fiscales. Apuesta por una política keynesiana por abajo a nivel local y regional y por arriba a nivel internacional.

No soy capaz de evaluar técnicamente la plausibilidad económica de las propuestas. Estoy mucho más perdido que el autor y tengo mucho menos conocimiento que él y que M.A. Lorente acerca del crac del año ocho.

Si puedo, sin embargo, decir algo acerca de la concepción del tiempo que subyace en toda la obra y de lo que podemos aprender de esa concepción a la hora de analizar y de intervenir en el tiempo presente.

Creo que tiene razón Capella en que el tiempo antes de la revolución era un tiempo de espera de un cambio cualitativo. Era la gran esperanza del movimiento obrero que iba acumulando fuerzas a la espera del gran momento en el que se pudiera tomar el poder y realizar el gran acto revolucionario basado en la apropiación colectiva de los medios de producción. Estábamos ante el socialismo de las dos etapas: el fin es imprescindible para no desvirtuar el ideal de una sociedad alternativa, pero mientras llega el movimiento debe saber aguardar, debe saber esperar.

El tiempo posterior es el tiempo del progreso, del cálculo, del avance lineal, que parte de la premisa de que siempre se sigue avanzando hacia mejor, de que el futuro siempre será mejor que el pasado, si sabemos medir los pasos e ir haciendo las reformas que permita en cada momento la situación. Por decirlo a lo Bernstein el movimiento es todo y la meta nada. Hay que entrar en las instituciones, aun al precio de contaminarse, porque el socialismo en el futuro heredará el liberalismo.

A partir de 1945 el grueso del movimiento obrero ha sido bernsteiniano (con excepciones importantes como la formada por el comunismo italiano que tenía una gran presencia en la sociedad civil aunque no fuera

nunca —y quizás por ello mismo logró mantener esa identidad propia— un partido de gobierno).

¿Cómo es hoy nuestro tiempo? Es un tiempo en el que cuesta transmitir intergeneracionalmente las tradiciones del movimiento obrero. Como dice Capella: «La obsolescencia de la cultura obrera tradicional ha creado un abismo intergeneracional gravísimo. Los hijos ya no obtienen de los padres indicaciones útiles, e incluso pueden llegar a creer que la cultura de los padres fue *inútil* en su día. Preguntarse si las manifestaciones del Primero de Mayo, el día internacional de los trabajadores, cesarán por jubilación y defunción no es sólo una broma macabra. La conciencia política de los trabajadores casi ha desaparecido por completo; un gran clásico del movimiento emancipatorio decía que había que introducirla en ellas desde fuera, pues esas clases abandonadas a sí mismas no pueden superar el corporativismo. Queda planteada la cuestión: ¿donde está situado hoy ese fuera?» (*Entrada en la barbarie*, p. 194).

Creo que ello es así por varias razones. Para muchos de los hijos de los trabajadores el futuro se presenta peor que el presente. Para sus padres fue posible la movilidad social. Es cierto que vivieron un mundo en el que se fue produciendo un abandono del sueño de una sociedad alternativa y se fueron integrando en la sociedad de consumo. Si comparaban, sin embargo, sus vidas con las de aquellos que habían muerto en las dos guerras mundiales, o habían perecido en los campos de concentración, se había producido un avance social innegable. Vivieron la mutación antropológica de la que hablaba Pasolini pero al menos fueron avanzando en la escala social.

Hoy el ascensor social se ha detenido. La movilidad social se ha estancado. Las oportunidades de vida se han ido esfumando. Estamos en un mundo donde no hay esperanza en un cambio cualitativo que aca-

be con la explotación y con la alienación pero también se ha ido esfumando la perspectiva de ir avanzando peldaño a peldaño, sin prisa pero sin pausa, en la escala social.

Por ello cuesta tanto la resistencia y es tan plausible la perspectiva de un choque entre los propios asalariados, entre los trabajadores autóctonos y los inmigrantes, entre los que quieren preservar sus derechos y tienen miedo al fontanero polaco que esté dispuesto a trabajar más horas por menos salario y los trabajadores que se han visto obligados a inmigrar por una globalización descontrolada.

La salida a todo esto exige establecer una alianza entre el movimiento obrero, el movimiento ecologista, los trabajadores inmigrantes y los científicos sociales dispuestos a recordar una y otra vez que la sociedad no es sólo un mercado. Esa alianza exige un uso distinto de la tecnología, una reducción del tiempo de trabajo, una apuesta por un tiempo de ocio alternativo, una formación polivalente de cara a una ciudadanía intercultural. Son todos ellos valores que chocan con la realidad que estamos viviendo. Hoy por hoy las instituciones financieras han logrado salir de la situación con las cuentas saneadas a cargo del erario público y con unas fuerzas empresariales que sólo piden seguir precarizando la fuerza laboral. Los grandes medios de comunicación apoyan esta posición recomendando a los gobiernos que pongan en su sitio a los sindicatos, como si éstos fueran los responsables de la crisis. La centralidad del trabajo ha ido desapareciendo y si algo ha quedado claro en estos años es que se puede hacer todo por el empleo aunque sea a costa de los derechos de los trabajadores.

Costará, costará mucho resistir porque hemos llegado muy desfondados al crac del año ocho. Para dar cuenta de ese desfondamiento y, a pesar de todo, seguir apostando por esa combinación entre la resistencia y la alternativa es de sumo interés leer estos dos libros de Juan Ramón Capella. Es interesante leer y pensar en el Capella que se identifica con Pasolini y escribe: «El narrador de fabulas veía bastante más que los analistas políticos de su tiempo. Pues el discurrir de éste ha mostrado que la supuesta exageración y el patetismo que le atribuyeron sus contemporáneos era simplemente un esfuerzo por hacerse oír. Y una vez más hemos de preguntarnos por qué esa persistente calamidad: que la lengua de los profetas resulte ininteligible para quienes habrían de escucharles» (*Entrada en la barbarie*, p. 112). Pero también es imprescindible leer y pensar en el Capella que con M.A. Lorente se lanza a proponer salidas a la crisis y advierte: «Lo que vamos a proponer puede parecer una sarta de buenos deseos, pero no son en absoluto eso: son políticas que se pueden emprender para que la economía se reponga para las personas. Y si después de considerarlas parecen un lío demasiado complejo, adviértase que son los mejores aceleradores posibles, hacederos, para la demanda agregada, el mejor tónico, el mejor estímulo para la economía de la gente, sin la cual no hay recuperación viable a plazo medio. Para tonterías, en cambio, las que nos han dicho; para líos, el lío en que nos han metido» (*El crac del año ocho. La crisis. El futuro*, p. 125).